

La trama del tiempo. Algunas consideraciones en torno a lo narrativo en historia

ADOLFO CARRASCO MARTÍNEZ

«Señor —dijo él—, no hay nada demasiado pequeño para tan pequeña criatura como el hombre. Estudiando cosas pequeñas es como obtenemos la gran sabiduría de experimentar la menor desdicha y la mayor felicidad posibles»¹.

LA HISTORIA, EN LA ENCRUCIJADA ENTRE LO NARRATIVO Y LO ANALÍTICO

«Nada se olvida con tanta facilidad como lo inolvidable. Nada es tan incierto como la experiencia, tan peculiar como la perspectiva, tan personal y sujeto a (re)interpretación como las vidas que se han vivido en compañía. El futuro del pasado no resulta nunca seguro. La única certeza es que el pasado será lo que le hagamos ser, y que lo que decidamos destacar del presente o recordar del pasado cambiará en cuanto cambien nuestros intereses»².

Es muy posible que el tono general de las opiniones de los historiadores sobre el estado de su disciplina, vertidas en los últimos veinte años, acabe convirtiéndose en un lugar común, con independencia de otras circunstancias. Hablar de «crisis de la historiografía», de «inquietud ante el futuro de la historia»,

¹ James Boswell, *Diario londinense (1762-1763)*, ed. de F. A. Pottle, Madrid, 1997 (primera edición en inglés, 1950), p. 61, anotación del 16 de julio de 1763.

² Eugen Weber, *Francia, fin de siglo*, Madrid, 1989, p. 302.

de «desorientación», es ahora un insustituible preámbulo de cualquier trabajo sobre teoría de la historia o sobre la historiografía actual que se precie de *conocer desde dentro* la situación del quehacer historiográfico. En el centro del huracán —así parece considerarse la situación en el seno de la profesión— se ubican problemas que no sólo han afectado a los historiadores, sino también a los que practican otros saberes: la crisis del estructuralismo, el derrumbamiento del marxismo teórico y del socialismo real, un desarrollo disparado de la tecnología mal digerido y otros fenómenos que, en cadena, han venido a configurar un nuevo e incierto estado de cosas en el crepúsculo del siglo, definido con exitosa expresión de Francis Fukuyama como «el fin de la historia»³. Pero, como ha escrito Emilio Mitre recientemente, «¿Cuántos fines referidos a la historia se han invocado en los últimos años?»⁴. En apariencia, no hay ninguna razón que justifique en este momento una mayor sensibilidad de los historiadores a la hora de aceptar las transformaciones, sobre todo por el despego que muchos de ellos, practicantes de un riguroso empirismo profesional, muestran ante los aspectos epistemológicos de la propia disciplina. Pero lo cierto es que una gran cantidad de trabajos —limitándonos a los publicados en los años noventa— se inician o dedican capítulos extensos a tratar, con desazón en ocasiones, con voluntarista optimismo otras veces, un panorama historiográfico fragmentado y atezado entre peligrosas novedades y «retornos» de modos de hacer historia igualmente inquietantes.

Quizá lo que está sucediendo, en escala superior al ámbito de la historia, sea una secuela del enterramiento de la confianza en el futuro. Primero fue la impugnación de la idea de progreso, después ha sido el derrumbamiento del socialismo «real» y el arrastre que ha producido sobre el marxismo teórico como motor de las ideas que han alimentado la mayor parte de las causas de liberación en este siglo. Por fin —valga este apresurado repaso—, la puesta en cuestión de los más potentes paradigmas científicos y modelos de conocimiento, que han explotado en confusos fragmentos y nos han obligado a producir modos de pensar bien distintos —por ejemplo, el «deconstruccionismo» de Derrida—. Y todo este proceso ha concluido, inevitablemente, en algo que podríamos denominar, con Manuel Cruz, como la «muerte del futuro»⁵.

³ Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, 1991. El supuesto fin de la historia, que en realidad para Fukuyama es el certificado de la muerte del marxismo como sistema económico, político e ideológico, ha sido puntualizado, al menos desde el punto de vista historiográfico, en VV. AA., *A propósito del fin de la historia*, Valencia, 1994 (primera edición en inglés, 1992), y también por Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992.

⁴ Emilio Mitre, *Historia y pensamiento histórico. Estudio y antología*, Madrid, 1997, p. 133.

⁵ Manuel Cruz, «El futuro ha muerto: ¡a por el pasado!», en *El País*, 5 de enero de 1998, donde desarrolla esta idea en relación con la legitimación que se pide a la historia para certificarlo, frente a lo cual el autor plantea otra postura: «Ahora bien, difícilmente se podría defender el pasado de estas agresiones sin una concepción algo distinta de la historia, que permita escapar a la señalada disyuntiva entre una historia ya imposible y una historia indeseable. Tal vez debiera ser ésa la verdadera cuestión a debatir.»

En la amalgama de dolencias que parece aquejar a la historia de hoy, el hincapié que algunos han puesto en la estrecha vinculación de lo narrativo con la producción historiográfica, sea sólo en su forma, sea también en el contenido, es uno de los más conspicuos. Así lo han señalado los críticos y lo resumió bien David Harlan en su famoso trabajo de 1989:

«El retorno de la literatura ha sumido a los estudios históricos en una extendida crisis epistemológica. Ha cuestionado nuestra creencia en un pasado inmóvil y determinable, ha comprometido la posibilidad de la representación histórica y ha socavado nuestra habilidad para ubicarnos a nosotros mismos en el tiempo»⁶.

Harlan se hacía eco de la desazón provocada en las filas de los historiadores, desde hacía tiempo, por las voces de aquellos que, desde campos distintos e incluso extraños entre sí, habían puesto el acento en la carga que la narración — o el relato, por decirlo sin ambages— aportaba a la historia. Un trabajo reciente de Roger Chartier ha intentado, después de dejar sentada la paradoja de que este ambiente de inquietud entre la profesión no concuerda con la «hermosa vitalidad» de la historia hoy y el gran eco intelectual que su producción disfruta, reconducir la desconfianza ante las nuevas tendencias historiográficas señalando los logros que se están obteniendo por la profundización en las cualidades de lo narrativo como vehículo adecuado, al menos en dos géneros que están siendo frecuentados actualmente con asiduidad: la microhistoria y la biografía⁷. Incluso Jacques le Goff ha puesto el acento en los «retornos» que atañen a la historiografía francesa, según él fruto de la evolución natural del grupo de los *Annales*: la historia política, el acontecimiento, la historia narrativa, la biografía, el sujeto; son viejos temas, modos y categorías que habían perdido su sitio y que ahora, enriquecidos con el bagaje de varias décadas de búsqueda por parte de los historiadores, pueden ser retomados con nuevas energías⁸. En cualquier caso, no parece que sólo la recuperación del protagonismo de lo narrativo sea la causa de las dudas planteadas en la historia de este fin de siglo y, por tanto, la reorientación de la disciplina ha de suponer una operación de más calado, tal y como se contiene en las dieciséis tesis «para alcanzar el nuevo consenso historiográfico en proceso de gestación», lanzadas por Carlos Barros durante el Congreso Internacional *A Historia a debate*, celebrado en Santiago de Com-

⁶ David Harlan, «Intellectual History and the Return of Literature», en *American Historical Review*, 94 (1989), p. 881.

⁷ Roger Chartier, «La historia hoy día: dudas, desafíos, propuestas», en Ignacio Olábarrí y Francisco Javier Caspistegui (dirs.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996, pp. 19-33. Este texto es una traducción del publicado en francés en Carlos Barros (ed.), *Historia a debate. Tomo I. Pasado y futuro*, Santiago de Compostela, 1995, pp. 119-130.

⁸ Jacques le Goff, «Les retours dans l'historiographie française actuelle», en *Historia a debate. Tomo III*, pp. 157-165.

postela en 1993⁹. Los puntos propuestos por Barros sin duda podrían ser suscritos por cualquier historiador o, más aún, por cualquier intelectual con inquietudes ante el futuro de nuestra sociedad dentro de un nuevo modelo global que, tras los cambios producidos desde los ochenta, desee mantenerse vinculado a las grandes cuestiones presentes y por venir. Sin embargo, para los historiadores, mucho antes, en 1974, cuando no era fácil atisbar algunas de las grandes transformaciones, Michel de Certeau había señalado algunas claves de comprensión nacidas del sentido común y, sobre todo, del conocimiento profundo de la tarea del historiador. En *La operación histórica*, Certeau analiza desde dentro el trabajo del historiador, enmarcado por un *espacio social* —las formas de reclutamiento, la política universitaria, la coyuntura de poder académico, etc.— y una *práctica «científica»*. Así se configuran unas reglas con valor determinante en la producción historiográfica de una sociedad concreta, cuyo análisis resulta decisivo, por tanto, para entender los métodos, los temas y los enfoques¹⁰. Del conocimiento de esta realidad insoslayable pueden extraerse conclusiones para entender la trayectoria de la historiografía y, lo que quizá sea más importante, para comprender las razones de la pérdida de potencia de determinados modos de historiar, el surgimiento de otros y los debates surgidos en el seno de la disciplina. Es muy posible que la inquietud actual provenga de lo que Bruno Anatra ha denominado «aceleración» de la investigación y de la reflexión histórica desde el fin de la Segunda Guerra Mundial¹¹, que si bien ha dado frutos positivos, también ha hecho que la historiografía sufra los trastornos del crecimiento.

DEFINICIÓN DE UN NUEVO DISCURSO SOBRE LA NARRATIVIDAD

El amplio debate suscitado por lo narrativo ha acabado por producir cierta confusión. Referirse a lo narrativo en historia implica, al menos, tres planteamientos que deben ser diferenciados: 1) lo narrativo como un enfoque particular de acercarse a la materia historiable; 2) las cualidades del texto historiográfico como discurso organizado que es —independientemente de su tipo narrativo lineal u otro—; 3) las relaciones, desde el punto de vista del discurso, entre dos modalidades de relato, el histórico y el de ficción; sus elementos comunes, el tratamiento del tiempo, sus técnicas. Sin embargo, la tupida urdimbre tejida por estos tres conjuntos de problemas obliga a tratarlos en conjunto. De hecho, la onda

⁹ Carlos Barros, «La historia que viene», en *Historia a debate. Tomo I*, pp. 95-117.

¹⁰ Michel de Certeau, «La operación histórica», en Jacques le Goff y Pierre Nora (dirs.), *Hacer la historia. Volumen I. Nuevos problemas*, Barcelona, 1978 (primera edición en francés, 1974), pp. 15-54.

¹¹ Bruno Anatra, «Storia quantitativa e storia politica: nuove tendenze e orientamenti», en *Actas del I Coloquio Internacional «La historiografía europea: autores y métodos»*, Mar del Plata, 1996, p. 19.

narrativa no sólo ha afectado a la historia; como ha señalado Morales Moya, la sociología, la antropología, la filosofía, por lo menos, se han visto afectadas¹².

Ya en los años sesenta, como parte del debate sobre la posibilidad de formular leyes en historia propiciado por la filosofía analítica¹³, Arthur C. Danto había renovado el interés por las cualidades del relato para la explicación histórica. Su argumento partía del tipo de frase empleado en la historiografía, es decir, las características lingüísticas del texto histórico. Para Danto, «la narración es ya, por la naturaleza de las cosas, una *forma* de explicación»¹⁴. Por este mismo camino, W. B. Gallie había profundizado en el principio estructural de la narración, entendida ésta como una forma que permite *comprender* lo narrado o, lo que es lo mismo, establece una continuidad entre el relato —*story*— y el contenido —*history*—¹⁵. Y Louis O. Mink, al reconocer el carácter sintético de la narración o, dicho con otras palabras, su totalidad organizada que exige un acto específico de comprensión, ponía en valor al relato en historia¹⁶. Después, desde el territorio mismo de la historia, Lawrence Stone, quiso certificar el fracaso, según él, de tres formas «científicas», académicamente hegemónicas, de hacer historia: el modelo marxista, la escuela de los *Annales* —más en concreto la corriente cuantitativista de la llamada segunda generación— y la cliometría norteamericana. El vacío dejado por las expectativas no colmadas, opinaba Stone, debía ser cubierto por una *new old history*, la narrativa, que superaba los modelos «deterministas» de explicación y que, además, mejoraba el viejo modo narrativo decimonónico, pues no sólo afectaba a la forma, sino que también traía aires renovadores al contenido y al método¹⁷. La tesis de Stone fue pronto

¹² Antonio Morales, «Paul Ricoeur y la narración histórica», en *Historia a debate. Tomo III*, p. 183.

¹³ El punto de partida había sido Carl G. Hempel con su trabajo *The Function of General Laws in History*, 1942, donde se ligaba el estatuto científico de la historia a su capacidad para emplear el método hipotético-deductivo con el objetivo de formular leyes. Pero la unidad del modelo explicativo de las ciencias, propuesto por Hempel, ha tenido que ceder ante el reconocimiento de la pluralidad de modelos en el mismo seno de la ciencia reconocida como tal. Así, esta situación, obvia en cuanto a la producción historiográfica actual, se produce también en otras formas de conocimiento que no tienen necesidad de acreditar constantemente su estatuto científico. Más aún, la epistemología científica hace tiempo que no se limita a distinguir entre el modelo deductivo y el modelo probabilístico de explicación, pues, como se ha hecho notar, caben otras posibilidades, como la explicación funcional o la genética, esta última que tan buen resultado han dado en su aplicación a la filosofía o a la misma historia, como hizo Michel Foucault.

¹⁴ Arthur C. Danto, *Analytical Philosophy of History*. Cambridge (Mass.), 1965; la cita textual, en p. 201. Del mismo autor y sobre el mismo tema, pero con la perspectiva del paso del tiempo, «Spiegazione storica, comprensione storica e scienze umane», en Pietro Rossi (ed.), *La teoria della storiografia oggi*, Milán, 1983, pp. 3-32.

¹⁵ W. B. Gallie, *Philosophy and the Historical Understanding*, Nueva York, 1964.

¹⁶ Louis O. Mink, «Philosophical Analysis and Historical Analysis», en *Review Metaphysics*, 20 (1968), pp. 667-698.

¹⁷ Lawrence Stone, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», en *The Past and the Present Revisited*. Londres, 1981, pp. 74-96, en especial, las pp. 74-88, donde explica las razones que justifican la vuelta a la narración. El texto apareció por primera vez en la revista *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24.

contestada por E. J. Hobsbawm en la misma tribuna donde había sido expuesta, la revista *Past and Present*¹⁸. Visto con la perspectiva de los años, lo importante del artículo de Stone no era tanto su primera parte, de crítica con evidente afán provocador, sino la segunda, en la cual ponía de manifiesto cómo un mirada renovada hacia la forma narrativa podía aportar un instrumento útil a los nuevos métodos y los nuevos temas que por entonces empezaban a interesar a los historiadores. En definitiva, Stone profetizaba el hecho, constatable ya cuando publicó su artículo —1979—, de que la *nueva historia* encontraría en la narración uno de sus territorios preferidos. Otra cuestión, mucho más discutible, era su afirmación acerca del fin de los intentos de construir una historia científica o, según sus propias palabras, «el fin del intento de producir una explicación coherente y científica del cambio en el pasado»¹⁹, asunto que excede al presente trabajo y que, para su orientación más correcta, debería insertarse en el gran debate sobre el modelo de ciencia, sea humana o natural, y su interrelación con la sociedad que la consume.

Lo narrativo, no lo olvidemos, había sido hasta los comienzos del siglo XIX el paradigma historiográfico contra el que, desde 1929, los renovadores de la historia tradicional en Occidente, los miembros de la escuela de los *Annales*, con Bloch y Febvre a la cabeza, se enfrentaron con tenacidad. Por ésto la nueva historia de lo social y de lo económico desterró durante décadas el relato y, con ello, los temas de estudio que habían monopolizado el interés de la vieja historia ahora impugnada. Una víctima propiciatoria de la «revolución» de los *Annales* fue, en consecuencia, la historia política. Sólo cuando los miembros de la segunda generación de los *Annales* se plantearon nuevos problemas, nuevos enfoques y nuevos temas, fue posible retomar la historia política. Así lo hizo Jacques Julliard, en la obra colectiva titulada *Faire de l'histoire* (1974), dirigida por Jacques le Goff y Pierre Nora. Su texto, un alegato en defensa de la historia política, llamaba a los historiadores franceses a que retomasen los temas políticos, tanto tiempo abandonados, y que los abordasen desde una perspectiva renovada. La historia política se convertía, de esta manera, en historia del poder, un enfoque que integraba rasgos de sociología histórica, de historia de la opinión, de historia de las mentalidades colectivas, además de incorporar los métodos que ya habían sido ensayados anteriormente²⁰. Más recientemente, y

¹⁸ Eric J. Hobsbawm, «The Revival of Narrative: Some Comments», en *Past and Present*, 86 (1980). La réplica de Hobsbawm se centra en defender los logros de la historia científica, es decir, a polemizar sobre el fracaso que atribuía Stone al marxismo historiográfico y al cuantitativismo francés. Esta es la línea que han seguido los que después de Hobsbawm han tratado la cuestión. Véase, por ejemplo, Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, 1991, pp. 114-118. Sobre la polémica Stone / Hobsbawm, véase un resumen en José Sánchez Jiménez, *Para comprender la historia*, Estella, 1995, pp. 152 y ss. y 176-178.

¹⁹ L. Stone, *ob. cit.*, p. 91.

²⁰ Jacques Julliard, «La política», en *Hacer la Historia. Tomo II. Nuevos enfoques*, Barcelona, 1979, pp. 237-257. En concreto, estas son las razones que Julliard considera determinantes para que

centrado en la Historia Moderna, Bruno Anatra ha puesto el acento en que este *return to essentials* significa un replanteamiento de las claves de estudio: la reelaboración continua de los equilibrios en el seno de los aparatos burocráticos, los rituales del poder, las relaciones entre la monarquía y las aristocracias y tantos otros escenarios que en la actualidad son frecuentados por los estudiosos. Insiste Anatra en que la historia política actual toma elementos de la antropología, de la historia de la cultura, de la literatura o de la sociología, y ha encontrado en la *corte* un objeto de estudio y análisis cargado de significados, verdadero cruce de caminos en el cual se entrelazan aspectos de variada índole —en especial para el estudio de los grupos dirigentes y elites—²¹. Sin duda, la modalidad narrativa se adapta bien a estos objetivos de historia política, aunque no sea el único enfoque fructífero y, en cualquier caso, la narración deba ser enriquecida con otros elementos ya aquilatados por la experiencia historiográfica.

En definitiva, la nueva historia política, o historia del poder, es directamente tributaria de los caminos que había abierto *Annales* y de la apertura de la historia a otras disciplinas afines que el movimiento había propiciado. Es fácil realizar un paralelismo entre la actitud que muestra Julliard hacia la nueva historia política y lo que propugna Stone con respecto a lo narrativo. El primero aboga por un enfoque renovado que incorpore en el seno del concepto de poder aspectos diversos ignorados por la historia política tradicional. Por su parte, Stone se refiere a la nueva historia narrativa como el vehículo más apropiado para los temas y los enfoques que están surgiendo.

Según la definición propuesta por Rösen: «la narración histórica (es) una estructura de enunciados o un proceso de interpretación lingüística del mundo»²²; y dice aún más:

«sólo con argumentos de tipo narrativístico se puede determinar exactamente en qué consiste propiamente la racionalidad a la que aspira la historia en cuanto ciencia, y sólo con argumentos de tipo narrativo se puede decir exactamente en qué consiste la modernidad de la investigación histórica y de la historiografía res-

la historia política no hubiera gozado de prestigio entre los miembros de *Annales* de las primera y segunda generaciones —entre ellas figura su forma narrativa, contraria al análisis—: «La historia política es psicológica, e ignora los condicionamientos; es elitista, incluso biográfica, e ignora la sociedad global y las masas que la componen; es cualitativa e ignora lo serial; enfoca lo particular e ignora la comparación; es narrativa e ignora el análisis; es idealista e ignora lo material; es ideológica y no tiene conciencia de serlo; es parcial y no lo sabe tampoco; se apega al consciente e ignora la larga duración; en una palabra, pues esta palabra lo resume todo en la jerga de los historiadores, es *acontecimental*» (p. 237).

²¹ Bruno Anatra, art. cit., pp. 23-26. Un recorrido sobre las maneras actuales de abordar el estudio de la corte y un estado de la cuestión de esta clase trabajos en España, en Antonio Álvarez-Osorio, «La corte: un espacio abierto para la historia social», en Santiago Castillo (coord.), *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991, pp. 247-260. El punto de partida para esta clase de estudios ha sido la obra de Norbert Elias, *La société de cour*, París, 1974 (primera edición en alemán, 1969).

²² Jörn Rösen, «Narratività e modernità nella storia», en Pietro Rossi (ed.), *ob. cit.*, p. 198.

pecto a las formas anteriores de pensamiento histórico que habitualmente se denomina (en el lenguaje ordinario) “narración”»²³.

Sin duda es excesiva una formulación del campo de la historia que expulsa otras maneras de abordar la materia historiable, sobre todo teniendo en cuenta las distintas historiografías que a lo largo del xx han mostrado su capacidad de explicar —y también contar— el pasado que, además, no pueden ser ignoradas en cualquier operación de renovación conceptual y metodológica. Sin estar de acuerdo con la radical formulación de Rüsen, sí podemos considerar dos elementos que en su opinión se apuntan como fundamentales para determinar la ubicación de lo narrativo en la historia actual, por lo menos desde el punto de vista epistemológico: uno es la vinculación entre lo que se enuncia del pasado y el lenguaje que lo expresa —de ello nos ocuparemos más adelante—, y el otro se identifica con la narración histórica como proceso de significación determinado por la experiencia temporal, tanto referido al objeto sobre el que se escribe como el tiempo contemporáneo al historiador. La historia, como han señalado Fentress y Wickham, se mueve en la amplia franja de la memoria colectiva —social—, reinterpretada constantemente y habilitada como comprensión del pasado con funciones específicas —la legitimación del poder no es la menos importante— y, por fin, se encuentra siempre con el tiempo, materia difusa y maleable cuyas claves de codificación residen en el sujeto que lo interpela y lo moldea²⁴.

EL SUJETO EN LA TRAMA DEL TIEMPO

Paul Ricoeur ha sido, quizás, uno de los que más ha hecho avanzar la reflexión teórica acerca de las relaciones entre la narración y la historia²⁵. Su *Temps et récit*, desde el mismo título, plantea una definición de historia en la que confluyen la categoría temporal —posiblemente la dimensión más importante para el historiador— y lo narrativo, no ceñido sólo al instrumento de representación. Pero la obra ricoeuriana no se limita a un establecimiento de categorías esenciales, sino que profundiza más. Precisamente, es lo temporal lo que dota a la narración de valor como eco de la experiencia humana y, en ello, insiste, reside la semejanza estrecha entre historia y relato de ficción, «el carácter temporal de la experiencia», algo que determina al relato histórico desde dentro —como relato en sí— y desde fuera —como representación del pasado—. Es más, opina Ricoeur, sólo entendiendo las implicaciones del relato como elemento vertebrador del texto histórico, se logra identificar en él una re-

²³ *Ibidem*, p. 199.

²⁴ James Fentress y Chris Wickham, *Memória social. novas perspectivas sobre o passado*, Lisboa, 1994 (primera edición en inglés, 1992).

²⁵ Un comentario de la aportación ricoeuriana, en A. Morales, «Paul Ricoeur...», pp. 185 y ss.

producción de la experiencia humana; en sus propias palabras: «(lo narrativo) determina, articula, y clarifica la experiencia temporal». De este modo, el texto no es sólo un ámbito autónomo de sentido, como habían sostenido el estructuralismo o lo han interpretado algunos semióticos, sino que trasciende a éste. La tesis de Ricoeur consiste en predicar una misma operación de la historia como narración y del relato de ficción, una operación configurante de sentido que dota a ambos géneros de inteligibilidad, aunque existan obvias diferencias —la fundamental, la máxima irrenunciable de *verdad* otorgada por los documentos—. Y la operación intelectual que asume el papel de mediador es la creación de la *trama*, el nexo que vincula los hechos aislados —acontecimientos— y les aporta sentido —«una síntesis de lo heterogéneo», en palabras de Ricoeur—²⁶.

El concepto de trama, ampliamente desarrollado por Paul Veyne y recogido por Ricoeur²⁷, se convierte entonces en el elemento que conecta la sustancia intelectual del conocimiento histórico con la identidad de su relato. Escribe Veyne:

«(la historia) sigue siendo fundamentalmente un relato y lo que denominamos explicación no es más que la forma en que se organiza el relato en una trama comprensible (...) explicar, para un historiador, quiere decir “mostrar el desarrollo de la trama, hacer que se comprenda”»²⁸.

Es en la trama donde los hechos cobran sentido, como nudos de relaciones, cuyo significado se cobra sólo cuando el historiador los ordena y reconoce gracias a los conceptos disponibles —por eso la historia es actividad intelectual—. Así, la explicación histórica consiste en desvelar tramas por medio de la narración, su vehículo propio²⁹. Ahora bien, según Veyne, explicar en historia es, simplemente, evidenciar «la claridad que emana de un relato suficientemente documentado»³⁰. La historia no explica en el sentido de prever o deducir —lo que tanto preocupaba a los analíticos hegelianos—, sino que pone en positivo una trama en donde los hechos cobran sentido entre sí, y ello sólo es posible —esa es la opinión de Veyne— bajo la forma del relato. La trama, construida por el historiador, abre posibilidades infinitas de explicación, porque en su tejido las categorías históricas cobran significado, y no viceversa. De esta manera, Veyne «desdramatiza» el debate de lo episódico y lo no episódico, abierto por los An-

²⁶ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración. I: configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, 1995 (primera edición en francés, 1985), p. 26.

²⁷ Paul Ricoeur, *ob. cit.* 286, ubica a Veyne en el cruce entre las tesis weberianas y las corrientes narrativistas anglosajonas.

²⁸ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, 1984 (primera edición en francés en 1971), pp. 67-68.

²⁹ François Furet, «De l'histoire-récit à l'histoire-problème», en *Diógenes*, 89 (1975).

³⁰ Paul Veyne, *Cómo se escribe...*, p. 69.

nales, introduciendo el criterio de lo específico y, además, se permite relativizar la categoría temporal más allá de los ritmos, de la larga duración o de la coyuntura, pues la trama es la única medida del acontecimiento³¹.

El relato en sí, sea cual sea su intención, como producto humano, es interpretado por Ricoeur como un medio, usado desde el principio, para acercarse al tiempo, uno de los problemas que han centrado el debate intelectual. Y la historia, por tanto, es una forma de relacionarse con la materia difusa del tiempo, o un intento de comprenderlo, en tanto que actividad intelectual. Es la representación del tiempo —sea simbólico, fragmentado, ralentizado, acelerado o incluso excluido del texto historiográfico— la única manera de aproximarse a él, en las coordenadas elegidas —trama— del relato. Es lo que Ricoeur denomina el «tiempo refigurado» o «tiempo narrado».

Ahora bien, lo temporal y lo histórico no son equivalentes, porque el tiempo histórico es la representación del tiempo pasado del hombre. Es más, podríamos decir que es sólo una de las representaciones, entre otras muchas posibles, del pasado. Esta es la tesis que desarrolla Juan Cruz Cruz³², aunque él llega más allá en su proposición, y coloca a la historia, no sólo el tiempo que maneja, como un proyección desde el presente hacia el pasado, casi como un presentismo de raíz orteguiana que, a nuestro juicio, olvida algunos elementos fundamentales para entender la aprehensión del tiempo pasado desde la perspectiva del historiador. Sin embargo, el planteamiento inicial que distingue entre tiempo en general y tiempo histórico es útil para penetrar en ese «enigma» —como lo definía Ricoeur—, precisamente porque la historia tiene la virtud de articular el tiempo objetivo con el subjetivo. Es en esta encrucijada entre la secuencia cronológica y la elaboración del tiempo humano donde se encuentra la historia, como ha explicado Manuel Cruz³³; es una manera determinada de pensar el pasado que se ciñe a lo real, lo verdadero. Pero, como el propio M. Cruz aprecia, la relación con el tiempo histórico es más compleja, pues no existe un único modo de predicar sobre el tiempo pasado, como no existe un único ritmo de acontecimientos. Ahora bien, cualquiera que sea el itinerario o la trama que se ponga al servicio de la representación del pasado, el tiempo histórico es, siempre, una interpretación, una construcción simbólica —por humana—, «por la misma razón por la que decimos que no cabe experiencia alguna sin mediación simbólica verbal o no verbal»³⁴. En consecuencia, podríamos resumir que la historia, como elaboración, y la modalidad narrativa en concreto, implica el tejido de una trama sobre la materia del tiempo en el cual se imbrican los hilos de los aconteci-

³¹ *Ibidem*, pp. 33 y ss.

³² Juan Cruz Cruz, *Libertad en el tiempo. Ideas para una teoría de la historia*, Pamplona, 1993, pp. 115 y ss.

³³ Manuel Cruz, *Filosofía de la historia*, Barcelona, 1991, p. 159.

³⁴ *Ibidem*, p. 161.

mientos seleccionados y jerarquizados por una determinada secuencia comprensible.

En sí mismo, el tratamiento del tiempo histórico a lo largo de la evolución de la historiografía nos revela las discontinuidades de la actitud hacia el pasado, precisamente porque el diálogo entre la experiencia y las expectativas no ha empleado siempre el mismo código. Kosselleck ha distinguido, de manera estrictamente formal, tres modalidades temporales de la experiencia con cuya combinación se deducen los movimientos —podíamos llamarlos compuestos— del tiempo histórico: la irreversibilidad del acontecimiento, la eventual repetición de los acontecimientos, y la «simultaneidad de lo anacrónico», como denomina a los fraccionamientos, estratos y diversas extensiones del tiempo narrado³⁵. Kosselleck, después de referirse a los sistemas temporales expuestos en las obras de Platón, San Agustín y Bossuet, plantea cómo el moderno concepto de historia, es decir, «historia en y para sí» —cuando la historia alcanza a construir un discurso autónomo—, con la aspiración de construir un sistema universal de explicación, logró liberarse de otras fuerzas o intenciones por parte de quienes la producían. Ello implica una determinada concepción del tiempo histórico o, más aún, unos criterios que permiten manejar desde distintos registros con objeto de reconstruir tramas que reproduzcan de manera inteligible el pasado³⁶.

Y es entonces cuando entra en escena otro elemento, también abordado por Manuel Cruz: la cuestión de lo narrativo desde la óptica del sujeto, más en concreto de su «reivindicación», lo cual tiene singular importancia para la comprensión de los acontecimientos humanos. La historia sería la zona de intersección —y de equilibrio— entre la libertad de actuación del sujeto —o sujetos— y los comportamientos inexorables; según Cruz, el relato se adapta mejor que el modelo científico al uso como medio de comprender la experiencia humana, pues «se sitúa en una perspectiva en la que todo eso (la experiencia y, en general, todo lo que no es un dato objetivo para la ciencia) parece servirle»³⁷. El relato, como vehículo apto para representar objetos individualizados, integra la información y la organiza —en la trama— de manera coherente³⁸. Una interesante aportación de Cruz consiste en introducir la memoria en el debate, como elemento que posibilita la existencia del pasado. De esta manera, el pasado o, mejor dicho, su representación, es un producto del pasado mismo, y sólo se activa en función del sujeto, tanto el que escribe el relato del pasado, como el mismo texto en sí construido en torno a los sujetos. En este

³⁵ Reinhart Kosselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993 (primera edición en alemán, 1979), p. 129.

³⁶ *Ibidem*, pp. 131 y ss.

³⁷ Manuel Cruz, «Narrativismo», en Reyes Mate (ed.), *Filosofía de la historia*, Madrid, 1993, pp. 253-269; la cita textual, en p. 257.

³⁸ *Ibidem*, p. 258: «Una historia representa una forma peculiar de recoger, organizar y transmitir información, que debe valorarse con criterios específicos y a la que hay que dirigir las preguntas que le son pertinentes».

sentido debemos entender el llamado retorno al sujeto, tan ligado al enfoque historiográfico narrativo. Por fin, Cruz define la narración como

«el espacio de la reconciliación entre los diversos saberes y discursos acerca de lo humano. Se opone en este punto a la reducción, propia de la ciencia o del pensamiento filosófico tradicional, porque considera lo humano como relativo y ambiguo, móvil y cambiante»³⁹.

NARRACIÓN Y VERDAD

La cuestión de la verdad, requisito inexcusable para que una narración sea verdadera historiografía, y su distancia con la verdad literaria, en particular con la de la novela, ha sido uno de los flancos por los que han atacado aquellos que consideran la recuperación de lo narrativo en la historia como un retroceso de la disciplina.

Cómo la narración representa la realidad, en concreto el pasado, es tema que ha preocupado a Hayden White, elaborador de una determinada teoría sobre la esencia narrativa de la historia. En su *Metahistory*, White estudia los tipos de texto histórico desarrollados por los grandes autores del XIX, desde Ranke a Splenger, pasando por Carlyle, Michelet o incluso Marx, atribuyendo a cada uno connotaciones ideológico-políticas⁴⁰. Pero, como ha señalado Bermejo, el método de análisis whiteano considera la obra historiográfica sólo como género literario y, además, olvida que los trabajos de estos grandes pensadores no puede únicamente enmarcarse desde una óptica reduccionista⁴¹. Hayden White se centró en un trabajo posterior en el valor de lo narrativo como representación de la realidad, pues «plantear la cuestión de la naturaleza de la narración es suscitar la reflexión sobre la naturaleza misma de la cultura y, posiblemente, incluso sobre la naturaleza de la propia humanidad»⁴². Para él, la narración tiene el valor de revelar la coherencia y el orden de los acontecimientos, sea éste imaginario, deseado o verdadero, según la trama. En historia, la trama implica un significado de los acontecimientos que, dentro del «discurso de lo real», es siempre confuso y tiene que presentarse como algo que «se encuentra» en los acontecimientos en vez de estar plasmado en ellos mediante técnicas narrativas. A partir de aquí, White infiere que lo narrativo atribuye a la representación de

³⁹ *Ibidem*, p. 267.

⁴⁰ Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, 1973.

⁴¹ José C. Bermejo, *El final de la historia. Ensayos de historia teórica*, Madrid, 1987, pp. 217-220.

⁴² Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, 1992 (primera edición en inglés, 1987), p. 17. La primera versión de este estudio es «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», en *Critical Inquiry*, 7-1 (1980).

los acontecimientos una apariencia de coherencia cerrada «que sólo puede ser imaginaria», lo cual dota al discurso «narrativizante» de una carga moralizadora que le otorga su validez social. Llega a preguntarse: «¿Podemos alguna vez narrar sin moralizar?»⁴³. Así pues, Hayden White, en su «narrativismo radical», asigna a la narración histórica no sólo el monopolio de la forma historiográfica, sino también un sentido específico, el moralizador, pues, opina, sólo de esa manera la realidad es representada desde el presente, mediante la ordenación de los hechos según un significado intencional cerrado en sí mismo.

Sin embargo, ésta no es la única manera —ni creo que la mejor— de poner en relación la verdad con la forma narrativa. Partamos de la base de que la verdad en historia admite múltiples representaciones formales, como de hecho ha dado buena muestra la historiografía del siglo xx, desde *Annales* y la corriente marxista. Quizá lo más correcto sea considerar la existencia, en historia, de distintos tipos o registros de relato⁴⁴, que pueden aportar medios eficaces para representar la realidad del pasado. Peter Burke, en un conocido trabajo, ha ordenado tres categorías del modo narrativo⁴⁵:

1. Contar los hechos desde varios puntos de vista, con el objeto de hacerlos más inteligibles.
2. Relatar desde un único punto de vista que, desde el principio, se reconoce parcial.
3. La llamada «descripción densa», según término acuñado por el antropólogo Clifford Geertz, consistente en interpretar una cultura ajena mediante la descripción minuciosa de determinadas prácticas y acontecimientos⁴⁶. Siguiendo esta noción, Burke se refiere a la «narración densa» como vehículo que permita incorporar «no sólo la serie de acontecimientos e intenciones conscientes de sus agentes, sino también las estructuras, tanto si (...) actúan como freno de los acontecimientos o como acelerador»⁴⁷.

Considera Burke que la tercera fórmula es la más acertada, pero plantea el problema de tejer una narración lo suficientemente densa para contener los acontecimientos y las intenciones, junto con las estructuras —en sentido braudeliano—, tanto retardadoras como aceleradoras de los procesos. Y por ello es conveniente acercarse a otras narraciones densas, como pueden ser —no siempre— las novelas, pues no en vano, entre otras semejanzas con la historia,

⁴³ *Ibidem*; las citas textuales, en pp. 34-35 y 38-39.

⁴⁴ El que se expresa en estos términos es Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural, entre práctica y representación*, Barcelona, 1992, p. 75.

⁴⁵ Peter Burke, «Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración», en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, 1993 (primera edición en inglés, 1991), pp. 295 y ss.

⁴⁶ Clifford Geertz, «Thick description: Towards an interpretative theory of culture», en *The interpretation of cultures*, Nueva York, 1973.

⁴⁷ Peter Burke, «Historia de los acontecimientos ...», pp. 297-298.

también la literatura «es discurso en y sobre el tiempo»⁴⁸. En este sentido, es habitual referirse, como punto de partida, casi como salvoconducto para poder moverse con garantías en medio de los ámbitos de la historia y de la novela, señalar la distancia que separa a una de otra: otra vez el criterio de verdad o, dicho con otras palabras, la forma de tratar el objeto, sea creándolo —literatura— o representándolo —historia—⁴⁹. Pero en un interesante trabajo, F. R. Ankersmit se salta esta norma y propone lo contrario, es decir,

«no deberíamos preguntarnos cómo difieren la historia y la literatura desde la perspectiva de alguna noción de verdad dada *a priori*, sino cómo se manifiesta la verdad en la historia y la literatura respectivamente, partiendo del supuesto de que cada una ejemplifica una forma específica de verdad»⁵⁰.

Desde otro punto de vista, ha escrito Morales Moya que «la diferencia de la narración histórica con la ficticia reside, a nuestro juicio, en la sumisión de la primera a la práctica de los historiadores, a las reglas de un oficio»⁵¹. El método histórico, en singular aunque aceptemos diversas opciones, marca, por tanto, la distancia entre relato historiográfico y relato de ficción⁵².

Como muchos autores han señalado, no es casual que la historiografía moderna y la novela moderna —también la novela histórica— naciesen en el siglo XIX, en virtud, entre otras cosas, de un mismo proceso de independencia del lenguaje respecto de la realidad, con lo que ambas alcanzaron capacidad para representar esa realidad. Ejemplos de la toma de conciencia de la novela decimonónica son las obras de Stendhal, tal y como uno de sus más finos estudiosos, Tomasi di Lampedusa, creador a su vez de una de los grandes libros del siglo XX, lo explica:

⁴⁸ Antonio García Berrio, «Imágenes del tiempo literario», en *Historia y ficción*, monográfico de *Compás de letras*, 3 (1993), p. 13. Líneas más abajo amplía su explicación: «El tiempo es, como cualquiera sabe, una creación fatal de la sensibilidad humana; categoría de relación que facilita la salida del ensimismamiento individual y la percepción de lo total y de lo conjunto. Y la literatura, la narración por excelencia humana, lo asume como su destino y su forma tal vez constitutiva (...) La historia formal de la novela, en buena manera, es la del variado ajuste entre el tiempo textual y el tiempo referenciado» (pp. 13 y 15).

⁴⁹ Los argumentos clásicos están expuestos, por ejemplo, en Covadonga López Alonso, «La representación del tiempo en la escritura histórica y en la de ficción», en *Historia y ficción*, pp. 25-41. Véase, también en el mismo monográfico, Milagros Ezquerro, «El manuscrito hallado», pp. 43-54; y Celia Fernández Prieto, «Papel histórico y literario de la novela histórica en el romanticismo», pp. 87-109, en especial, pp. 87-98.

⁵⁰ F. R. Ankersmit, «La verdad en la literatura y en la historia», en Ignacio Olábarri y Francisco Javier Capistegui (dirs.), *La «nueva» historia cultural ...*, p. 51. Del mismo, *Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language*, La Haya, 1983.

⁵¹ Transcripción de la intervención de Antonio Morales Moya en la mesa redonda «Las formas de expresión (el habla, la escritura, el gesto)», en Ignacio Olábarri y Francisco Javier Capistegui (dirs.), *La «nueva» historia cultural ...*, p. 294.

⁵² Antonio Morales Moya, «Formas narrativas e historiografía española», en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *La historia en el 93*, Madrid, 1993, pp. 13-32.

«*Le Rouge et le Noir* y la *Chartreuse* pueden ser consideradas como novelas históricas: quiero decir, se entiende, como novelas que han llegado a ser históricas para nosotros, es decir, como la completa objetivación de una época en sí, fue la contemporánea del autor, pero que para nosotros se ha convertido en remota y sólo perceptible a través del arte»⁵³.

Un planteamiento que, de manera provocadora, ya había sido lanzado a sus últimas consecuencias por Oscar Wilde: «enseñándonos a ver sus verdades, la literatura consigue que la realidad imite al arte»⁵⁴. Y un inclasificable de la literatura europea como Marcel Schwob, autor de biografías inventadas en sus *Vies imaginaires*, afirma que «la ciencia histórica nos deja en la incertidumbre sobre los individuos. Sólo nos revela los puntos por donde estuvieron unidos a los hechos generales»⁵⁵.

Sea como sea, en las últimas décadas del siglo xx el hecho de que la novela histórica esté viviendo un periodo de auge refleja el interés por lo narrativo en general y, aunque sea de manera indirecta, por la historia sin duda, algo tiene que ver con el debate sobre lo narrativo en historia, un debate que ha tenido su correlato en la entrada de crisis de la novela «sin argumento»⁵⁶. Quizá por ello en la actualidad los semióticos y los teóricos de la literatura prestan atención renovada a las grandes novelas del siglo xix, no sólo las consideradas estrictamente dentro del género histórico. Así se puede decir que *Guerra y Paz*, de Tolstoi, *Los Buddenbrook*, de Mann, las novelas de Stendhal, las de Zola o las de Pérez Galdós, por citar algunos ejemplos clásicos, se han convertido en atractivos objetos de estudio y, lo que es más delicado, en tentadora panoplia de recursos narrativos, retóricos o simplemente estilísticos para el historiador; pero no debemos olvidar que son herramientas puestas al servicio de la ficción y de la «tesis», en cuanto algunos de los ejemplos citados son textos con evidente carga ideológica⁵⁷.

No obstante este hecho, algunos de los estudios realizados desde la teoría de la literatura han puesto de manifiesto que la interpretación contemporánea de esas grandes novelas, por ejemplo la polémica sobre el naturalismo de Zola o de Pardo Bazán, implicaba una lectura de las mismas que se podría denominar «no literaria», en la medida en que intencionadamente los autores planteaban opi-

⁵³ Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *Stendhal*, Barcelona, 1996 (primera edición en italiano, en 1977), pp. 17-18. Como ejemplo de la maestría de Stendhal, baste recordar el largo pasaje de la *Cartuja de Parma* en el que el protagonista, Frabicio del Dongo, asiste a la batalla de Waterloo.

⁵⁴ Citado por F. R. Ankersmit, art. cit., p. 62.

⁵⁵ Marcel Schwob, *Vidas imaginarias*, Madrid, 1996, p. 17

⁵⁶ Joan Oleza, «Una nueva alianza entre historia y novela. Historia y ficción en el pensamiento literario del fin de siglo», en José Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo y Mario García-Page (eds.), *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, 1996, pp. 83 y ss. Cita como ejemplo de este modelo y sus contradicciones las «imposibles novelas históricas» de Juan Benet, como *Volverás a Región*.

⁵⁷ Véase W. R. Siebenschuh, *Fictional Techniques and Factional Works*, Nueva York, 1983.

niones políticas e ideológicas empleando recursos retóricos y estilísticos que mezclaban la ficción con la realidad⁵⁸, lo cual conlleva cierto interés para el historiador, al menos desde una doble perspectiva: el empleo de los recursos, las figuras y las técnicas narrativas en general, y la consideración de la novela histórica como fuente, sea referida al tiempo representado en la novela como al tiempo en que se escribe la novela.

HISTORIA NARRATIVA E HISTORIA CONCEPTUALIZANTE. LA RELACIÓN ENTRE HISTORIA Y LENGUAJE

«Foucault es el historiador completo, el final de la historia»⁵⁹. Estas taxativas palabras escritas por Paul Veyne parecen excesivas leídas casi treinta años después, pero de lo que no cabe duda es de la influencia que este inclasificable filósofo francés ha tenido en el mundo intelectual occidental en estas últimas décadas, y particularmente entre los historiadores. Quizá uno de los méritos de Michel Foucault consista en haber sabido explicar el proceso de expansión y de fragmentación que ha experimentado la historia desde los setenta, casi a velocidad de vértigo, y cuyos efectos se han dejado sentir en distintas manifestaciones de desconcierto, inquietud o «crisis» en el seno de la disciplina. Aportaciones foucaultianas como la noción de discontinuidad, la explicación de la fragmentación del objeto —no sólo en la historia, también en la psiquiatría y en otras ciencias—, la necesidad de redefinir las categorías historiográficas existentes y crear otras nuevas, entre otros campos que cubre su obra, han convertido al filósofo en un punto de referencia de la nueva historia, de sus métodos, de sus objetos y de sus formas de representar. En *La arqueología del saber*, analiza Foucault el discurso como medio de conocimiento y propone, como actitud de inicio, la liberación de conceptos y nociones que nos lastran, como la idea de la existencia de distintos discursos estancos entre sí para la ciencia, la literatura, la historia, la religión, la filosofía⁶⁰. Y, después de poner en tela de juicio los apriorismos desde los cuales tradicionalmente se ha construido el discurso de las distintas disciplinas, es decir, de la multiplicidad de objetos y de las discontinuidades —pensemos sólo en la historiografía— se infiere la importancia de lo individual —no sólo del sujeto, de lo subjetivo, o de las intersubjetividades, sino también una nueva valoración del acontecimiento como hecho singular—

⁵⁸ Sobre estos aspectos, véase José María Pozuelo Yvancos, «Realidad, ficción y semiótica de la cultura», en *La novela histórica a finales del siglo XX*, pp. 104 y ss.

⁵⁹ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia ...*, p. 200. El propio Veyne, en la necrológica que tributó en *Le Monde* a Foucault (1984), afirmó que su obra era «el acontecimiento de pensamiento más importante de nuestro siglo», citado por J. G. Merquior, *Foucault o el nihilismo de la cátedra*, México, 1988 (primera edición en inglés, 1985), p. 13.

⁶⁰ Michel Foucault, *L'archéologie del sapere*, Milán, 1971 (primera edición en francés, 1969), pp. 29 y ss.

y, podríamos añadir, las prestaciones de lo narrativo adaptado para este nuevo discurso de la historia.

Pero esta reelaboración del discurso historiográfico —en general, del curso del pensamiento— no es menos conceptual si es narrativa, entre otras cosas porque Foucault mantuvo una compleja relación con el estructuralismo como paradigma del conocimiento, sin someterse nunca a una ortodoxia que él mismo rechazó explícitamente en cuantas ocasiones le fue posible. Lo que lanza Foucault en *Las palabras y las cosas* es la idea de que no sólo se puede pensar de una determinada manera o, en otras palabras, ordenar la realidad según unas categorías heredadas sin crítica —la noción del progreso lineal del conocimiento, la invariabilidad del objeto de las ciencias, la existencia de un único método científico—. Para determinar cómo hemos llegado a pensar de una determinada manera, es decir, por qué hemos ordenado la realidad así y no de otra forma, propone «el método arqueológico», un procedimiento que exhuma de la historia —de ahí el término arqueológico— los códigos fundamentales, las formas de pensamiento que han sido necesarias para construir nuestra manera de ordenar la experiencia. Entendida dentro de su arqueología del conocimiento, la propuesta más interesante de Foucault para la historia es el método genealógico, parcialmente heredado de Nietzsche, y completado luego con el estudio del discurso que desarrolla en *La arqueología del saber*⁶¹. Foucault «no es un historiador de la continuidad sino de la discontinuidad»⁶², lo cual implica no sólo una distinta manera de abordar el estudio del pasado, sino también un diferente modo de reorientar teóricamente la relación del historiador con el pasado⁶³. En cuanto a la distinta manera de abordar el pasado, Veyne señala cómo el método foucaultiano consiste en «comprender que las cosas no son más que objetivaciones de prácticas determinadas, cuyas determinaciones hay que poner de manifiesto, ya que la conciencia no las concibe»⁶⁴ —esa es la tarea del historiador—. Ello diferencia la historia de la ciencia, según Veyne, pues:

«La ciencia no es la forma superior del conocimiento: se aplica a “modelos de serie”, mientras que la explicación histórica se ocupa, caso por caso, de “prototipos”; por la naturaleza de los fenómenos, la primera tiene por invariantes modelos formales; la segunda, verdades aún más formales. Aunque sea enteramente coyuntural, la segunda no tiene menos rigor que la primera. Positivismo obliga.»⁶⁵.

Así pues cabe lo conceptual en historia, en la nueva historia que, en medida importante, está hermanada con lo narrativo. De esta forma, podríamos apuntar

⁶¹ J. G. Merquior, *ob. cit.*, pp. 58 y ss.

⁶² Mark Poster, *Foucault, el marxismo y la historia*, Buenos Aires, 1987 (primera edición en inglés, 1984), pp. 108-109.

⁶³ Mark Poster, «Foucault, el presente y la historia», en E. Balbier, G. Deleuze y otros, *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, 1990 (primera edición en francés, 1989), p. 298.

⁶⁴ Paul Veyne, *Cómo se escribe ...*, p. 213.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 229.

la idea de que la historia es el cruce de caminos entre los conceptos y los acontecimientos, reflejados en la trama elegida por el historiador como representación de una parte del pasado. Por otra parte, parece fuera de toda discusión cuál es la razón que ha generado el interés de los filósofos por la historia. En tanto que el trabajo del historiador supone un intento de representar el mundo a través del lenguaje y del pensamiento, la operación histórica se inscribe dentro del campo de reflexión de las ideas⁶⁶. Y esta operación —la que convierte en inteligibles los acontecimientos y aplica con el sentido adecuado los conceptos— implica un mecanismo de mediación de origen conceptual: la selección. En este sentido, las palabras de E. H. Carr son reveladoras:

«El historiador es necesariamente selectivo. La creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador es una falacia absurda, pero difícilísima de desarraigar (...) En general, puede decirse que el historiador encontrará la clase de hechos que busca. Historiar significa interpretar»⁶⁷.

El hecho de que los críticos de la historia narrativa la hayan acusado de poco válida —en concreto, alguien la ha calificado de «débil» modo de representación de la historia⁶⁸, otro de «modalidad de huida»⁶⁹— es, a nuestro juicio, consecuencia de un problema más amplio, que es la propia dificultad de conceptualizar en historia, sea cual sea el modo de operar. Paul Veyne ha caracterizado esta cuestión central de la epistemología histórica, que atañe, insistimos a cualquier planteamiento teórico o historiográfico, al señalar los obstáculos que el historiador encuentra para conocer mediante conceptos y para utilizar conceptos que hayan demostrado eficacia anteriormente, porque «del devenir histórico no poseemos un conocimiento inmediato (...) [y] los circuitos acontecimentales no los conocemos, primero, más que de un modo parcial y confuso»⁷⁰. Esta cuestión tiene que ver con un debate largamente librado —y aún no cancelado—: el problema de la objetividad en historia o, mejor dicho, la búsqueda de un modelo de objetividad adaptado a esta disciplina. No es este lugar para discernir sobre si la historia debe o no compartir la noción de objetividad propia de la ciencia —aunque algunas cosas se han dicho sobre ello—, pero sí es

⁶⁶ Peter Winch, «La rappresentazione del mondo da parte dello storico», en Pietro Rossi (ed.), *ob. cit.*, p. 247.

⁶⁷ E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, 1981 (primera edición en inglés, 1961), pp. 16 y 32.

⁶⁸ Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, 1995, p. 255. La cita completa: «La narrativa sólo es una de las formas posibles de representación de la historia y en manera alguna la mejor de ellas. Se trata, más bien, de una forma «débil» de hacerlo.»

⁶⁹ Josep Fontana, *ob. cit.*, p. 17. La cita completa: «He citado precisamente la narración, una de las modalidades de huida más frecuentes, y elementales, de quienes pretenden escapar del contagio de la teoría».

⁷⁰ Paul Veyne, «La historia conceptualizante», en Jacques le Goff y Pierre Nora (dirs.), *Hacer la historia...*, volumen I, p. 75.

pertinente retomar la relación entre el objeto representado —los acontecimientos del pasado, o simplemente el pasado— y su representación —el texto histórico—. Si aceptamos con Jesús de Garay que historiar consiste en sustituir por palabras «las acciones que en sí mismas son irrepetibles»⁷¹, el nudo problemático consiste en la «posibilidad de confundir las palabras con las cosas». Pero esta atribución no limita, a nuestro juicio, la capacidad intelectual del texto histórico, sea o no narrativo. Por el contrario, exige del historiador una reflexión sobre la epistemología de su saber que obliga a no reproducir de forma automática la noción de objetividad al uso —venida de las ciencias experimentales y mensurables— y a hacer un esfuerzo de búsqueda de la propia especificidad de la objetividad histórica. Y en este sentido una de las propuestas más sugestivas en las últimas décadas ha sido, reiteramos, el método arqueológico-genealógico de Foucault. Pero no es la única. Entre nosotros, Bartolomé Escandell ha realizado recientemente uno de los esfuerzos más interesantes por elaborar una teoría del conocimiento histórico como sistema completo. Su *Teoría del Discurso Historiográfico* plantea un modelo global para la disciplina histórica en el cual la fundamentación epistemológica ocupa una parcela importante, así como dedica otro tanto a los problemas de formalización del relato en historia⁷².

Uno de los campos que con más frecuencia han sido transitados por el pensamiento posmoderno es el del lenguaje—la influencia de Wittgenstein es decisiva—, en concreto su capacidad para representar o simbolizar la experiencia humana y comunicarla. Frente a los grandes sistemas de antaño, las ideas-fuerza o, en general, la universalidad comprensiva de grandes verdades, es decir, el «pensamiento fuerte», los ochenta han alumbrado el «pensamiento débil», escéptico por definición ante la apariencia de lo real —en este sentido, una fenomenología del conocimiento— y reconecedor de la fragmentación del mundo sensible, de las diferencias⁷³. En palabras de Antonio Morales, se trata de centrarse en «lo concreto, atentos a las diferencias intra y extraculturales, a la verdad como apariencia, no como esencia, a las formas retóricas y simbólicas»⁷⁴. La influencia de esta manera de pensar en la nueva historia es obvia. No sólo por la constatación de la fragmentación de la realidad como objeto de conocimiento —algo constatable en la dispersión de objetos del interés de los historiadores en la actualidad—, sino también, por la forma de abor-

⁷¹ Jesús de Garay, «La objetividad, viejo y nuevo problema», en José Andrés-Gallego (dir.), *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una nueva Historia*, Madrid, 1993, p. 155.

⁷² Bartolomé Escandell, *Teoría del discurso Historiográfico*, Oviedo, 1992; en especial, pp. 83-127 y 193-223.

⁷³ Entre otros textos representativos del «pensamiento débil», Gianni Vattimo y Pier Aldo Rovatti (eds.), *El pensamiento débil*, Barcelona, 1990 (primera edición en italiano, en 1983). De Vattimo: *La sociedad transparente*, Barcelona, 1990; *Elogio del pudor*, Barcelona, 1991; *Ética de la interpretación*, Barcelona, 1991.

⁷⁴ Antonio Morales, «Postmodernismo e historia», en José Andrés-Gallego, *ob. cit.*, p. 152.

darlo —el sujeto—. Cabe, entonces, un replanteamiento de la historia desde el pensamiento «vacilante»⁷⁵ posmoderno, como apunta Gabrielle Spiegel: rota la confiada y estable relación entre palabras y cosas —entre texto histórico y pasado—, se impone un solapamiento entre las palabras, que no sólo representan cosas, sino que también tienen sentido en sí mismas, y entre las palabras y lo que quieren atribuir —lo representado—⁷⁶. Es la cuestión de la mediación, o el *linguistic turn*, lo que accede al primer plano⁷⁷, es decir, el intercambio de significados entre los textos y de los textos con la realidad expresada.

Desde la filosofía del lenguaje —anglosajona y germana— y desde el postestructuralismo francés, la preocupación por la narración ha influido en la producción historiográfica. Gadamer, desde la hermenéutica, ha reiterado su profunda convicción en que nuestro acercamiento a las cosas, al mundo, al pasado también, es dialogada, es decir, a través del lenguaje como vehículo de comunicación, y que sólo esa dinámica de interpelación continua entre objeto y sujeto, y entre sujetos, nos acerca a la verdad⁷⁸. Ricoeur, en un trabajo anterior a su obra culminante, señalaba cómo el discurso, entendido como predicado dotado de sentido, es una entidad con estructura propia «en el sentido sintético, es decir, el entrelazamiento y la acción recíproca de las funciones de identificación y predicación en una y la misma oración», con capacidad al mismo tiempo de «identificación singular» y de «predicación universal»⁷⁹. Sobre estas cuestiones, situándose en la frontera entre historia y literatura, el trabajo pionero de Régine Robin inauguraba la puesta en valor de las técnicas narrativas que podían ser útiles para los historiadores enfrentados a nuevos problemas y nuevos objetos⁸⁰. Menos concreto pero con más repercusiones fue *La arqueología del saber*, de Foucault, definidor, como se ha dicho, de conceptos influyentes como el de *discontinuidad* del discurso, tan determinante de la producción historiográfica posterior que podemos hablar de un «efecto Foucault» referido a la manera de analizar los textos y de construirlos⁸¹.

⁷⁵ La expresión proviene de Giampiero Commolli, «Cuando sobre el pueblo cubierto por la nieve aparece, silencioso, el Castillo ... (La propensión narrativa ante el paisaje indescriptible)», en Gianni Vattimo y Pier Aldo Rovatti, *ob. cit.*, p. 291.

⁷⁶ Gabrielle Spiegel, «Towards a Theory of the Middle Ground: Historical Writing in the Age of Postmodernism», en *Historia a debate. Tomo I*, pp. 170-171.

⁷⁷ *Ibidem*, pp. 171 y ss.. Véase, también, Pedro Cardim, «Entre textos y discursos. La historiografía y el poder del lenguaje», en *Cuadernos de Historia Moderna*, 17 (1996), pp. 126 y ss.

⁷⁸ Hans-Georg Gadamer, «Historia y lenguaje: una respuesta», en R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, 1997 (primera edición en alemán, 1987), pp. 97-106.

⁷⁹ Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Madrid, 1995 (primera edición en inglés, en 1976), p. 25.

⁸⁰ Régine Robin, *Histoire et Linguistique*, París, 1973. Un análisis de su obra, contextualizada y puesta en perspectiva, es el de Noemí Goldman, *El discurso como objeto de la historia*, Buenos Aires, 1989, pp. 33 y ss.

⁸¹ Sobre este efecto, véase Pedro Cardim, *art. cit.*, pp. 139 y ss.

NUEVAS PERSPECTIVAS DE LO NARRATIVO

En definitiva, la nueva historia narrativa, o vuelta al relato en historia, tal y como la han presentado Stone, Burke o Veyne, inspirada en Ricoeur o Foucault, entre otros, busca incluir la descripción, el análisis, la explicación y cuantos elementos puedan enriquecer la narración. Todos ellos, junto con las técnicas retóricas y un corpus conceptual, construyen un discurso denso que intenta mejorar anteriores maneras de historiar. Es obvio que no se trata de un mero retorno a la historia positivista o romántico-nacionalista del siglo XIX, sino el producto de la recuperación por parte de la historia de su propia especificidad, con rasgos narrativos —no exclusivamente lineales— y también analíticos⁸².

¿Cuáles son las aportaciones surtidas por la nueva visión de lo narrativo en historia? A lo largo de las anteriores páginas se han recogido algunas. Siguiendo a Rüsén, la primera —desde un punto de vista teórico— puede ser una relectura de la relación del pasado con el presente⁸³, cuestión ya expuesta por Hegel y desarrollada más tarde por Gadamer y más recientemente por Foucault, lo cual implica toda una variedad de actitudes ante la noción de tiempo, junto con distintas consecuencias para el objeto histórico. Como nos ha explicado Foucault, estas conexiones están cortocircuitadas por las «discontinuidades» o desplazamientos de significado de los conceptos, manifiestos en las prácticas de cada época histórica, lo que produce distorsiones en nuestra noción anteriormente lineal del pasado —más o menos ligada a la idea de progreso.

En cuanto a modalidades historiográficas, una aportación de la historia narrativa es la microhistoria, muy influida por los trabajos antropológicos de Clifford Geertz y Marshall Sahlins. El método de ambos autores consiste en seleccionar casos muy concretos en el tiempo y el espacio que, gracias a una labor conceptual y explicativa desarrollada hasta sus últimos términos, sirven para construir un universo en detalle y de gran valor general —la referida «descripción densa»—⁸⁴. Con la microhistoria se responde al intento de reconstruir, según las pautas antropológicas descritas, lo intrincado de las relaciones sociales, sobre todo en las capas inferiores, aquellas cuyas huellas documentales han exi-

⁸² Véase Jörn Rüsén, art. cit., p. 197.

⁸³ Jörn Rüsén, «La historia, entre modernidad y postmodernidad», en J. Andrés-Gallego (ed.), *ob. cit.*, p. 129.

⁸⁴ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, 1988; Marshall Sahlins, *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología o historia*, Barcelona, 1988; C. Geertz, J. Clifford y otros, *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Buenos Aires, 1992. Sin embargo, también desde la antropología, se ha criticado el trabajo de Geertz, por considerarlo poco riguroso y abocado a un callejón sin salida. La supresión de cualquier estructura teórica, de que hace gala Geertz y que ha tenido gran influencia en la historiografía reciente, ha sido impugnada por Josep R. Llobera en tres de sus trabajos: *Hacia una historia de las ciencias sociales*, Barcelona, 1988; *Caminos discordantes: centralidad y marginalidad en la historia de las ciencias sociales*, Barcelona, 1989; y *La identidad de la antropología*, Barcelona, 1990. Llobera busca también una ciencia social única, en el mismo sentido que la vieja aspiración de los *Annales*.

gido un cambio de actitud del historiador hacia las fuentes. El método consiste en utilizar a un individuo como hilo conductor de la explicación, de forma que la trayectoria de una vida individual, o del devenir de una familia, permita comprender los múltiples factores, intereses y elementos mentales que componen el universo social de las masas campesinas del Antiguo Régimen. Para Ginzburg y Poni, dos de los más destacados microhistoriadores, el microanálisis presenta dos dimensiones: por un lado, el acceso a lo vivido, a la realidad personal individual, que sería impracticable estudiando grandes grupos humanos; por otro, el desentrañamiento de las estructuras «no visibles», es decir, los aspectos mentales y sus repercusiones en la conducta⁸⁵. Las prestaciones retóricas del relato lo convierten en vehículo apropiado para reflejar lo imaginario, los mecanismos que determinan la toma de decisiones y todos los demás aspectos de lo «micro».

Fruto de la revitalización del relato es, también, la preocupación por lo individual, que se manifiesta, por ejemplo, en un renovado interés por el género biográfico, fronterizo por definición⁸⁶. Durante varias décadas —desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta casi los ochenta— la biografía se consideró un género historiográfico agotado, como consecuencia del predominio de los paradigmas marxianos y estructuralistas⁸⁷. Pero, en los últimos años, se ha producido un cambio «espectacular», como lo califica Antonio Morales, sobre

⁸⁵ Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Barcelona, 1981; P. Boyer y S. Nissenbaum, *La città indemoniata. Salem e le orgini sociali di una caccia alle streghe*, Turín, 1986 (primera edición en inglés, en 1974), en especial el prólogo de Carlo Ginzburg; Carlo Ginzburg y Carlo Poni, «La micro-histoire», en *Le Débat*, 1981, pp. 133-136; Carlo Ginzburg y Marco Ferrari, «La colombara ha aperto gli occhi», en *Quaderni Storici*, 38 (1978), pp. 631-639; E. Grendi, «Micro analisi e storia sociale», en *Quaderni Storici*, 35 (1972); J. Agirreazkuenaga, F. Giorgi, G. Levi, M. Urquijo, A. Torre, O. Raggio, F. Bocchi, *Storia locale: due visioni di confronto*, Bilbao, 1993; Carlo Ginzburg, *Clues, myths, and the historical method*, Baltimore, 1989; un texto muy completo sobre el método microhistórico es el de Giovanni Levi, *Sobre microhistoria*, Buenos Aires, 1993. Véase, también, Bernardo Hernández, «De la historia local a la microhistoria», en *Nuevas fronteras de la historia, monográfico de Íber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, 12 (1997), pp. 72-78. En nuestra historiografía, el libro de Jaime Contreras, *Sotos contra Riquelmes. Regidores, inquisidores y criptojudíos*, Madrid, 1992, es un punto de referencia del enfoque microhistórico. Sobre la obra de Contreras, su método y su importancia en el panorama historiográfico, véanse las reseñas de Mireille Peytavin y Luciano Allegra, «Microstoria e Inquisizione: un accordo fruttuoso», e «I limiti della plausibilità», respectivamente, en *Quaderni Storici*, 1995, pp. 831-855.

⁸⁶ André Maurois, *Aspects de la biographie*, París, 1930; René Pillorget, «La biografía en Francia», en *II Conversaciones Internacionales de Historia. Las individualidades en Historia*. Pamplona, 1985; P. M. Kendall, *The art of biography*, Londres, 1965; D. Beales, *History and biography. An inaugural lecture*, Cambridge, 1981; R. Gitting, *The nature of biography*, Londres, 1978; Carlos Seco Serrano, «La biografía como género historiográfico», en *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, 1976; Francisca Colomer, «Biografía y cambio social: la historia que estamos viviendo», en *Historia a debate. Tomo III*, pp. 167-174; Susana Strozzi, «Sujeto y persona en la biografía histórica», en *Historia a debate. Tomo III*, pp. 175-182.

⁸⁷ Antonio Morales Moya, «Biografía y narración en la historiografía actual», en *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993, p. 229.

todo en Francia, precisamente donde el género se había visto más desprestigiado. En la misma corriente se ha de situar el florecimiento de dos modalidades cercanas, las memorias y la autobiografía⁸⁸. Morales Moya ha propuesto una articulación tripartita para establecer los límites y las variedades de la *historia personal*⁸⁹: la biografía de un individuo sobresaliente desde el punto de vista de la historia política⁹⁰; la biografía de una elite de poder, es decir, la prosopografía⁹¹; y la biografía de personas ordinarias, como medio de profundizar en una época, tal y como postulan los microhistoriadores⁹².

⁸⁸ Acerca de la autobiografía y las memorias, véanse Philippe Lejeune, *El pacto autobiográfico y otros estudios*; y A. Morales Moya, «Biografía y narración ...», p. 231.

⁸⁹ A. Morales Moya, «Biografía y narración ...». Una clasificación en cuatro grupos, pero bastante similar, en Emilio Mitre, *ob. cit.*, pp. 103-104.

⁹⁰ S. Hook, *El héroe en la historia*, Buenos Aires, 1958; C. Wilson, «Aciertos y errores en las decisiones personales en la historia. Tres ejemplos, Isabel I de Inglaterra, Cromwell y De Witt», en *II Conversaciones Internacionales de la Historia ...*, pp. 195-209.

⁹¹ L. Stone, «Prosopography», en *The Past and the Present Revisited*, Londres, 1987, pp. 45-77; P. Burke, *Venice and Amsterdam. A study of Seventeenth Century elites*, Cambridge, 1994.

⁹² Algunos trabajos clásicos, además de los citados en notas anteriores: Natalie Zemon Davis, *The return of Martin Guerre*, Cambridge (Mass.), 1973. Richard L. Kagan, *Los sueños de Lucrecia. Política y profecía en la España del siglo XVI*, Madrid, 1991 (primera edición en inglés, 1990).